

MOTIVOS EXTREMEÑOS

LA SOLEDAD DE EXTREMADURA

Quiero hacer algunos comentarios a un reciente trabajo del culto escritor Don Pedro Laín Entralgo sobre idéntico tema. Trabajo que apareció en dos folletones de «Arriba», como prólogo al próximo libro de Pedro de Lorenzo «...y al Oeste, Portugal».

He leído, y releído, con curiosa y sostenida atención, las brillantes páginas del Sr. Laín Entralgo. Y no sé qué admirar más en ellas: si la profunda filosofía que les sirve de esqueleto, o la gracia del estilo que les dá musculatura y belleza. Pero, para comenzar pronto, debo decir que disiento de la tesis principal. Extremadura es una tierra humilde y desinteresada. Esto no quiere decir que los extremeños gustemos mucho de la soledad. Más bien estimo que hay una explicación del caso, que deja entrever el prologuista como no podía por menos, bastante acertada: el autor del libro ama y gusta, no en todo momento por supuesto, de la soledad, de la intimidad creadora de mitos y de fantasías, y, naturalmente, proyecta este sentimiento sobre Extremadura.

Poco trabajo me costaría refutar el Capítulo II de dicho Prólogo, que Laín Entralgo encabeza con las palabras: «Cáceres, Soledad». No sin decir antes que, como página literaria, es un verdadero primor. ¡Aquél urente verano de 1933! Yo también lo recuerdo con sentimientos penosos.

Que las casonas cacereñas estén solitarias la mayor parte del año, sobre todo en verano, puede ser cierto. Como lo es que la parte vieja de Trujillo, maravilloso conjunto de arquitectura isabelina, constituya hoy una lacerada ruina solitaria. Son dos hechos, desde luego; pero nada más. La lógica no autoriza nunca las generalizaciones de cierta especie. Lo sabe muy bien el Sr. Laín Entralgo, tan versado en la filosofía y en la historia de las ciencias naturales. Por lo menos son de un peligro traicionero.

Junto a ejemplos de esta clase, traídos en apoyo de una tesis poética, tan simple y al mismo tiempo tan vivamente compleja, pueden aducirse otros muchos, en pró y en contra como es natural. Porque, ¿qué culpa tiene Cáceres de que los visitantes de nuestra ciudad no encontraran los lados sociables y agitados del pueblo? Que, desde luego, los tiene. Ahí están sus sociedades de recreo, sus ferias, sus fiestas, sus numerosos bares y tabernas, su cine y su teatro en los cuales el cacereño se asoma cada día a un mundo que le deja frío más de dos veces, sus campos y paisajes, amplios y luminosos, tal vez rudos y abruptos en ocasiones, aunque siempre vivos con vida intensa y bullidora.

Cuando yo vine a Cáceres, tenía la ciudad sus buenos 12.000 habitantes. Hoy, a los treinta años, llega a los 40.000. Una tierra hosca, engendradora de soledad, no daría este incremento a sus agrupaciones humanas. Pero Cáceres es vieja de miles de años; un producto de numerosas civilizaciones, culturas y razas. Ha escogido una postura, que no vocea ni exige de otras ciudades, ni del Estado. ¿Quiere ello decir que se aisló deliberadamente? ¡Ni mucho me-

nos! Lo que sucede es, que, por sus años de existencia, está al cabo de la calle de muchas cosas y las rehusó. Marcha, con paso seguro y eficaz, no dando nunca la espalda a las realidades sociales y económicas; pero sin deformarlas en una algarabía inútil, presuntuosa. Ella tiene sus clásicos, y los sigue.

Persiguiendo, pues, la explicación de un hecho fantasma, el de la «Soledad de Extremadura», aduce el ilustre prologuista, matices de estas cinco causas de «determinación de las diferencias humanas»: Biología, paisaje, sociedad, historia y vocación. Haré unas ligeras alusiones a las consecuencias y a las preguntas que se plantea Lain Entralgo.

Biología. Se habla mucho, y a menudo gratuitamente, del carácter, de la raza si se quiere, de los extremeños. Y, naturalmente, existen opiniones para todos los gustos: desde la de aquellos que afirman su existencia, hasta las de los negadores rotundos y enfáticos. Lo curioso es que muchos de éstos últimos son extremeños. Sea lo que sea, creo que pocos de los opinantes han parado su atención en una cualidad muy nuestra: somos tímidos los extremeños. ¿Cual es la causa? No es del momento investigarla; tal vez, una excesiva humildad y una desproporcionada valoración de lo extraño. Lo cierto es que cuando un extremeño se limpia de tal costra se hace hombre universal. No hacen falta ejemplos.

Paisaje. Nuestro paisaje tiene algo muy suyo, que nadie acierta a explicar: no es ni leonés, ni castellano, ni andaluz, ni manchego, ni portugués. Pero, acá y allá, existen puros oasis empapados en las esencias propias de las tierras mentadas. Hay, sin embargo, un paisaje, puramente extremeño, al que una desvalorización de carácter social ha ocultado a los finos amadores de la naturaleza: me refiero al paisaje de *dehesa*. Respecto a su concepto hay un evidente prejuicio, no poca mala literatura. La dehesa suele confundirse, lastimosamente, con el latifundio. Error grosero, que la realidad desmiente a cada paso. Hay muchas dehesas que tienen numerosos propietarios. Por otra parte, Extremadura es en algunos puntos minifundista con exceso. La dehesa es, simplemente, una recia, vital y necesaria unidad económica, que no por mal comprendida es menos eficaz. Y en cuanto a engendradora de soledad, niego. Véase el Nomenclátor general de España y estúdiense las cifras de las viviendas campestres. Nada más acerca del paisaje, porque la cosa daría para un libro. ¡Buena, magnífica, la cita de Fr. Luis!

Sociedad. Queda refutado lo que se dice de ella en lo anterior. Pero también pudiera hablar de esto mucho y bueno. Un dato: jurdanos emigrados a Nueva York, han vuelto a su mísera tierra con una tranquilidad admirable. Les impresionó la gran ciudad, es cierto, pero sin intimidarles. Otro: un grande artista extremeño, buen amigo mío, me aseguraba en cierta ocasión que la miseria más miseria de entre las muchas que él pudo ver la encontró en los barrios bajos londinenses.

Historia. Acepto lo afirmado por Lain Entralgo acerca de nuestra Edad Media. Pero, ¿y la época romana? Mérida es un hecho definitivo en la Historia universal. De aquella edad tenemos aquí al coloso entre los colosos de su clase: el puente de Alcántara. En cuanto a nombres algunos se quedaron en la pluma al prologuista; entre ellos el de Arias Montano, ejemplo clásico de solitario. Pero, ¡qué solitario! Los de personajes del Romanticismo no me dicen nada respecto al tema: todos ellos salieron de aquí y vivieron mucho y muy socialmente fuera de Extremadura. Y como la Historia dijo ya demasiado respecto a la vocación de los extremeños, ¿a qué decir más?

En resumen: el problema es un verdadero castillo de naipes. Estoy seguro de que Pedro de Lorenzo ha escrito un libro precioso, del cual ALCÁNTARA adelantó unas páginas. Pero ni será el libro de Extremadura, ni ese es el camino. Y bien sabe Dios que lo sentiría por mi buen amigo el escritor extremeño, hombre de letras sin duda alguna y, además, poseedor de un estilo finísimo. Mas su juventud y su vocación son una garantía.

Solo me resta, pues, agradecer a su prologuista los piropos, tan primorosos como suyos, con que obsequia a mi tierra y a sus ciudades, a sus hombres y a sus paisajes. ¡De todo corazón!

TOMAS MARTÍN GIL.
